

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Telef. — D. Elías Galán, Comercio, 92.

Anuncio económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Núñez de Arce, 7, 2.ª, deha.

Suscripción.

Un año..... 8,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

La blusa y la levita.

Con motivo del hundimiento del tercer imperio, se ha recordado estos días, en que se han celebrado las sesiones de la vista causa, la eterna cuestión de los patrones y de los obreros.

Cuando el espíritu cristiano ilumina estas cuestiones, se ven con claridad meridiana, y su resolución no puede ser más sencilla. Una obra que se viene abajo aplastando a algunos obreros. Hé aquí el hecho en su horrible desnudez.

Más la culpa de esas desgracias la tiene alguien. La sociedad exige que se depuren las responsabilidades, y los Tribunales de Justicia son los encargados de exigirlos y castigarlos como se merecen.

Ante el derecho, no hay delito en ese hecho. Los técnicos han declarado que nadie tiene la culpa, y por consiguiente no hay delito; es una desgracia, pero nada más.

Fuerza mayor, dicen; aquel día cayeron sobre la cubierta del depósito los rayos del sol, produciendo la dilatación del componente hierro, en términos no conocidos todavía por la ciencia, y, por lo tanto, no bien estudiados; otros achacan el fracaso al corrimiento del terreno en que se apoyaban las pilas, y siendo pero también en caso de fuerza mayor, eximen de responsabilidad a la levita, abandonando a la blusa con su desgracia.

Ante el Código civil, ante la razón escrita, no hay más que lamentaciones en estos casos. Los adoradores de la diosa razón, los materialistas, socialistas, anarquistas, etc., todos aquellos que, no admitiendo el orden sobrenatural, juzgan y creen que la ley humana lo es todo y fuera de ella no hay nada en el orden social, al hacer aplicación de sus doctrinas a un caso como el presente, se encuentran sin medios para ayudar al obrero. Este es una indignidad, se rompe sin culpa de nadie pues otra al pasado, y en paz.

El proceso de la defensa ante el Código con la doctrina liberal, es sencillo; con la doctrina católica, es imposible.

Los principios liberales protegen al rico y abandonan al pobre.

Los principios católicos ponen a cada uno en posesión de su derecho, en el lugar que les corresponde, y si se inclinan alguna vez, es más en favor del pobre que del rico. Vamos a verlo:

Doctrina liberal.—Para juzgar los accidentes del trabajo, no hay más que la ley. Es responsable el patrón ante la ley, pues que paga; no lo es, pues no paga.

El proyecto del tercer depósito fue aprobado por un Ministro de Fomento; pero éste no es responsable de las desgracias, porque al presentarlo a su firma estaba dictaminado favorablemente por el Consejo de Obras públicas.

El Consejo de Obras públicas no es responsable, porque el proyecto era bueno y estaba hecho con todos los conocimientos científicos que acerca de esa clase de construcciones se tenían hasta el día. (Dictamen del Sr. Hübner).

El ingeniero autor del proyecto no es responsable, desde el momento que el centro técnico consultivo del Ministerio, es decir, la ciencia en persona, lo aprobó y dio por bueno. Los ingenieros y demás subalternos, no son responsables, por que su misión se limita a que las obras vayan bien ejecutadas conforme al proyecto, y así lo hacen.

No hay, pues, responsabilidad para nadie; la blusa ha salido airosa, la blusa que se usaba.

Doctrina católica.—El patrón y el obrero son hermanos. El patrón, como hermano mayor, debe velar y proteger al menor; su ilustración y su riqueza material, le colocan en posición más ventajosa, que debe emplear en beneficio de ambos.

Ha sucedido el hundimiento. Un obrero del proyecto se cayó y se le hizo un hueso; se había inventado, y este atrevimiento salió mal; debe pagarlo en la

misma proporción en que hubiera sido beneficiado si hubiera salido mal.

Se equivocó científicamente; las fórmulas, que le dieron buen resultado para la construcción de cincuenta bovedillas, resultaron malas para la construcción de tres mil. Obró de buena fe y se libra del delito de asesinato; pero si no hay imprudencia temeraria, si el Código, si la razón escrita nada tienen que ver con él, las muertes y lesiones ocurridas en el hundimiento, sin culpa del obrero, claman contra el hermano mayor y piden que se corrija el desorden social por él producido.

No puede volver la vida a los muertos, pero está obligado a restablecer el orden perturbado. La indemnización es lo único que cabe y se la exige, no el Código penal, que fundado en principios materialistas y liberales, no puede traspasar la barrera de la fuerza mayor, sino la doctrina de la fraternidad, la doctrina social por excelencia, que obliga al intelectual, al rico, al superior, en una palabra, a cuidar del más pequeño y de sus intereses como si fueran los suyos propios, doctrina contenida en estas palabras: «Amados los unos a los otros como Yo os he amado.»

El obrero no tiene defensas contra el patrón en los principios y doctrinas materialistas. Sólo dentro del catolicismo encuentra sus bienes respetados, amparados y protegidos sus derechos, porque la doctrina católica es la única que hace al fuerte defender al débil, uniéndolos en estrecho abrazo para que, juntos, avancen por el camino del progreso.

A. L. A.

La grandeza de España por el catolicismo.

Autoridades nada sospechosas.

El periodismo liberal, tanto de España como de fuera de ella, ha llenado el mundo de clamores insensatos para demostrar que el catolicismo es lo que perjudica a España; que destrucción!

Aunque la historia está ahí muy patente con hechos indestructibles, citemos algunos testimonios, que son de valer para los mismos liberales.

III De Nido.

El periodista liberal Sr. Nido dice en estos otros párrafos de un artículo que publicó en 1903 con el título de «Estado político y social de España»:

«Fue aquella España, que hoy conocemos por la historia, producto de dos grandes principios o de dos grandes ideas, representados por la Iglesia y por la Monarquía. A la penetración de esas dos grandes ideas en la mente y en la conciencia de todos los españoles, fue debida la Reconquista y que el Occidente de Europa no fuera musulmán ó mahometano, como lo fue y aún es el Oriente. Aquí en nuestro suelo, se congregan más de una vez los cruzados cristianos, como en las Navas de Tolosa, para impedir y contener las irrupciones sarracenas; y conquistada aquella epopeya en Granada, continuaron nuestros Reyes, apoyados en la fe del pueblo y en el inmenso poder de la Iglesia, libertando el Mediterráneo con Cisneros en Orán, con Carlos V en la Goleta, con Felipe II en Lepanto. El principio católico iba inscrito en nuestras banderas, lo mismo en Italia, que en Alemania, que en Francia, y España, después de haber salvado la civilización en sus guerras con los moros, se erigió en brazo y campión del Pontificado. Mientras España mantuvo en Europa esta significación... la nación española tuvo en el concierto de las naciones una grande e ilustre personalidad. Representábamos más ó menos directamente la tendencia católica en toda Europa. Cuando empezamos a abandonar tan ilustre significación... la estrella española empezó a declinar.»

IV De Elvira.

El Sr. Elvira, en un discurso que aplaudió todo el Congreso, decía no hace mucho:

«¿Quién, que no haya olvidado por ofuscaciones del entendimiento lo que es España, puede negar la parte que esta nacionalidad, que hoy vive, debe a la Iglesia Católica? ¿Qué hubiera sido de esta nación, llevada por el temperamento y las tradiciones al individualismo y a la disolución, si no existiera el vínculo de la Iglesia Católica...? España, durante la Edad Media, desempeñó una altísima misión histórica, porque al llegar el momento del engrandecimiento y poderío del Islam, en España fueron quebrantadas aquellas bordas, y gracias a ello no invadieron toda Europa... Y después, cuando llegó el momento de nuestro engrandecimiento y poderío, en aquellos tiempos en que el mar que rodea nuestras costas no era como ahora el límite de nuestro solar, en aquellos tiempos también fué la misión histórica presidida por la Iglesia Católica, porque cuando nuestro poderío se extendía por todas partes, los españoles que realizaban aquellas conquistas no lo hacían a nombre del imperio católico, ni de la soberanía immanente, ni del progreso laico, sino al amparo de la Religión Católica y a la sombra de la Cruz de Cristo, que fortalecía las voluntades y que iluminaba con el rayo del amor divino los entendimientos, pareciéndole a los españoles que, por encima de las miserias de este mundo, su Dios, satisfecho y complacido, veía cómo nuestra Religión, nuestra lengua y nuestras leyes penetraban en las más apartadas regiones del planeta debajo de nuestras banderas, siempre vencedoras.»

RECUERDOS...

Ya no volveré a pisar aquel hogar amoroso, ni besaré aquellas manos, ni miraré aquellos rostros, ni aquellos viejos tapices, ni aquellos juegos tocados, casita delicias del alma en mis días venturosos; por allí pasó la muerte dejando el vacío en torno; el sol que da en los balcones, siega un tiempo y gozoso, hoy entra en aquella casa, entristeciéndolo todo: el viento silba a lo largo de los pasillos medrosos, y hace girar las ventanillas y gime abajo en el pozo, y allá en los altos desvanece va arremolinando el polvo, y abre y cierra con estrépito, y hace girar sin estorbo las puertas desventajadas sobre los goznes mohosos; en una alcoba de aquellas abrió yo a la luz mis ojos; allí enayé mis primeros vultros del pájaro ansioso; allí roncó más apesadumado, el ecoceñido más hondo, guardó el vaho y el perfume de mis juegos candorosos, de los besos de mi madre y de mis sueños de oro.

Ya no volveré a pisar aquel hogar amoroso; cuando paso por esa puertas, se me oprime el alma y lora; aquella casa parece un nido deshecho y roto; los pájaros que volaban ya están en el cielo todo. (Ah, que en la vida un desdorado espero, triste y pechoso, de vez en cuando, un día muy verde... pero muy corto!)

Luis Ram de Vin.

Arte de bien vivir.

I La dulzura.

Más modesto se catar con una gota de miel que con un cantar de vinagre.—San Francisco de Sales.

«La bondad—dice candorosamente un autor antiguo, es la miel que confita y alimbara todos los defectos y que hace desaparecer la acritud del carácter.»

Es un secreto preciosísimo para ganar corazones, y el que la practica, sabe prestarse complacientemente y sin baja a hacer la voluntad de los demás.

Es sentencia del Evangelio: los corazones bondadosos poseerán la tierra. ¡Bienaventurados los mansos!—exclama.

Y es cierto que, por regla general, si no tenemos personas que nos quieran, es sencillamente porque no hacemos bastante caso de la bondad para dejarnos querer.

Una madre previsora y de bonísimo sentido, enseñaba a sus hijos desde niños, que el mal humor es una enfermedad que es preciso curar inmediatamente. Y apenas sus hijos se enfadaban, los dejaba sin cenar y les daba la medicina preservadora, que consistía en unos polvitos de acibar.

A la verdad, defecto tan feo es una enfermedad. De este modo, los hijos de aquella señora se acostumbraban a vencerse y a tener la cara constantemente de pasiva, lo que no es pequeña recomendación para lograr simpatías.

—Yo soy así!—exclaman muchos por toda disculpa.

También el dulcísimo y bondadoso San Francisco de Sales era así, y como él decía, a fuerza de luchar a brazo partido con su propia ira, de sofocarla y sojuzgarla, había logrado reprimirse hasta el punto de no haber jamás dejado escapar una sola palabra airada delante de persona alguna.

Esto cuesta, sin duda; pero tratándose de virtudes, sólo lo que cuesta vale.

II Alegría.

Dice un moderno y piadoso autor que la alegría es a la vida como el aceite es a la lámpara. Cuando el aceite empieza a faltar, la torcida se consume, esparciendo un negro vapor, con un resplandor rojizo que no alumbra.

La vida, sin un poco de alegría, gástase también sin resultado, esparciendo el abatimiento y la tristeza.

Los santos son la gente más alegre. Pero nosotros, en general, tratamos a Dios—dice otro escritor—como a un conocido a quien de lejos se saluda... y apenas. El es la fuente de la alegría, sin embargo.

Si cada mañana, mediante una breve confada oración, abriésemos filialmente el corazón a Dios para que en él infunda su claridad y su alegría, a la manera que abrimos las ventanas para que penetren el sol y la ventilación, otro gallo nos cantaría, como dicen, y otro humor gastaríamos.

Y cierto que vivir a oscuras, como almas arrinconadas (es palabra de Santa Teresa), debe ser duro de llevar.

Somos de la opinión de aquel artesano que decía:

—Si no cantara yo, no podría dar salida a todo el trabajo que tengo.

Sección científica.

Inventos, mejoras y adelantos científicos realizados en 1906.

Mr. Nikola Tesla, desde su torre de Wardenclyff, en Long Island, envía oscilaciones eléctricas a través de la tierra.

Un teniente del ejército sueco inventó el teléfono sin alambres.

Mr. Elmer A. Burlingame inventó el más perfecto telégrafo sin hilos. Cardieky y Dasiannky, sabios rusos, in-